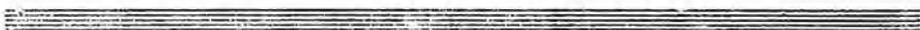


Cuadernillo de Poesía Colombiana

4 2

MARTIN POMALA



Publicado por el Departamento de Instrucción Pública de Bogotá

MARTIN POMALA

Por Ernesto González

Al promediar el transcurrido mes de junio nos sorprendió la infausta noticia de que habíase encontrado el cadáver del poeta tolimense Jesús Antonio Cruz (Martín Pomala) en las orillas de un depósito de agua para el servicio público.

Negro misterio rodea este fin? Lo ignoramos. Corresponde a nuestro objeto deplorar el deceso y referirnos, siquiera de pasada, al poeta. Había nacido en San José de Ataco, en el sur del Tolima, en 1884, de familia de muy escasos haberes. Desde pequeño Martín Pomala dio muestras de su afecto por las cosas del paisaje y de los astros, encontrándosele con frecuencia escuchando el ruido del río de su región, el hermoso Saldaña, que el poeta canta en su poema "Sangre".

Después de haber hecho estudios rudimentarios, ingresa en el Colegio de San Simón, centro de cultura tolimense, y allí es sorprendido por la aventura civil conocida bajo la denominación de Los Mil Días. Como que era un tanto esforzado y valiente, lo que le ganó el grado de coronel. De regreso en su comarca natal, comenzó a escribir, con cierta timidez al principio y con valor después. Los temas de su predilección eran: amor, paisajes, ríos, pájaros y ensueños, sin olvidar el sol, los luceros y la madre.

Gracias a su actividad literaria Martín Pomala fue ganando en prestigio y popularidad, hasta el punto de que su nombre era citada como equivalencia de acierto lírico.

Pertenecen a ese periodo de fama y notoriedad los poemas "Sangre", "Ave Antioquia", "El Poema de la Romería", uno de los más sugestivos de su bagaje.

Aquella época de alegría, afectuosidad y relativa calma de espíritu, no podía durar, si sabemos que el poeta encarna la humanidad, no sólo en sus ideales intensos, sino también en sus intensos duelos. Murió su madre y el corazón de Pomala se sumergió en un mar de lágrimas. La locura vino pronto a atarlo a la roca del infortunio. En un manicomio pasó años de indolencia y pasajero entusiasmo, durante los cuales se cuenta que escribió un millar de sonetos, naturalmente no tan correctos, si la dolencia no daba treguas para pulimentarlos.

Salido del asilo, Martín Pomala ya no fue el poeta de otros tiempos. Taciturno, gustaba de pasearse por los alrededores de Ibagué y solía habitar sin compañía. Usaba un ancho sombrero y calzaba alpargatas, en vez de los zapatos de sus buenos años de estudiante.

De no haber sido por la demencia que desorientó el espíritu del poeta, éste habría realizado una obra vasta y trémula de emociones agrestes, ya que el campo constituía, según se advierte en su poema "Sangre" y otros, el tema de su predilección cotidiana.

Lleno de corazón, de natural fantasía, de delicadezas de poeta eximio, de afiebrados dolores, Martín Pomala vivió los postreros años de su existencia entre la anónima barahunda de los hombres, sin inquietarse por sus infortunios y por su inseparable compañera la pobreza. Su libro, publicado hace ya diez años, con prólogo de Manuel Antonio Bonilla, es todo el testamento que el querido vate deja a la

El Tolima ha visto perderse bajo el velo de la tierra la imagen flébil de su cantor fidelísimo. De año en año, la campesina tolimense irá a visitar la tumba del bardo y a dejar flores silvestres sobre la cruz que señala su última morada. Qué más fino y discreto homenaje puede desear un poeta que nació, vivió y murió en una tierra de pastores.

AVE, ANTIOQUIA!

— I —

Conquista y Colonia

Pindárico grito dilate tus glorias por el hemisferio.
Un canto de bronce para tí, Montaña preclara y augusta,
que trocaste en hoces las regias cadenas de tu cautiverio
igual que las bravas panoplias pujantes de la magna justa.

Un día las fieras falanges hispanas violaron tu suelo;
flotaron, gallardos, los nobles pendones de la gran Castilla
y en tus cumbres agrias —mientras los condores alzaron el vuelo—
floreció de fuerza desde tus entrañas la ruda semilla.

Eran hombres fuertes los que te infundieron extraños vigos:
fornidos atletas que en raptos de gloria cruzaron los mares,
los pechos robustos ardidos de flamas de sacros furoros,
cerradas las almas rebeldes al toque de negros pesares.

Rodelas, corazas, aircosos penachos y aceros tajantes,
fueron el prestigio de los legionarios de Hispana bravía
cuando te impusieron el verbo dorado de Miguel Cervantes
que entre un fragoroso clamor de trompetas la turba traía.

Membrudos soldados tan recios como osos, los Conquistadores
confiaron, fervientes, a tus lozanías las proficuas eras;
y en alumbramiento de mística diosa rendida de amores
les diste ¡fecunda! las pródidas ubres de tus cordilleras.

Al calor del trópico, al agua y al soplo de los vendavales
—en medio de flechas, serpientes, jaguares que pusieron miedo—
los aventureros marchaban hostiles por los robledales
tras las roncadas voces de Francisco César y Jorge Robledo.

Rugieron los hoscos leones de Iberia sembrando pavuras...
Sus vidas heroicas rindieron los graves caciques altivos,
y un vasto silencio cual de eternidades reinó en las alturas
como si los cóndores bajo de las zarpas muriesen cautivos.

— II —

Independencia

Un trágico sueño de sangre durmieron en los altos montes
tus águilas bravas. Y al sol libertario donaron sus remos
enormes, tendidos al lírico viento de los horizontes,
de donde se alzaban agresivamente los gritos supremos.

Con rápidos giros, en pos de una estrella dudosa, quimérica,
desde los fecundos agros que atesoran los filones ricos,
remaron las bandas a través del cielo jocundo de América
flameantes los ojos, tremantes las garras y prestos los picos.

Cantó la metralla. Y al cálido acento de briosos clarines
desató la guerra la furia impetuosa de sus huracanes.
Se impuso orgullosa la voz altanera de tus paladines
y todas las selvas crujieron al paso de tus Capitanes.

Córdoba apolíneo sujeta a los puños la esquivo victoria
y esculpe en los siglos la insólita frase que forjó derrotas,
hasta que, cansada de besarlo mucho, lo aduerme la Gloria
dolorosamente sobre tu regazo, con las sienes rotas.

En Bárbula ingente, mientras vegadoras claman las trompetas
la sangre rutila sobre los aceros de las bayonetas,
y al pie del invicto pabellón guerrero sucumbe Atanasio
y al bronco estallido de la artillería sulfura el espacio,

Los doctos Restrepos en pródigas lides expugnan tu Monte;
con máximo gesto aquilino te elevan sus cívicos pechos;
el de eximia toga pulveriza hierros a su voz de arconte
y en austeras páginas el otro relleva tus proceros hechos.

Y aquel caballero signado en la frente por tu aristocracia,
fastuoso y soberbio profeta de lauros, el invicto Zea,
triunfa en los salones de la vieja Europa con su diplomacia,
mágico resumen de ciencia, de verbo, de lira, de idea.

Genésica tropa que rige, severa, tus faustos destinos
y ampara tus pétreos escudos, radiantes ante un nuevo sol!
Por ellos —los nobles varones de impávidos rostros latinos—
tocaron el polvo las foscas melenas del León español!

Por ellos tus hombres a la vida enseñan músculos viriles
en prósperas luchas que auguran la lumbre de rubias edades;
y expectantes, ávidas, entonan sus salmos de anhelos civiles
—gigantes emporios de fuerzas activas— tus áureas ciudades.

— III —

La República

Pasa la Epopeya... Con impetu nuevo tus férvidos hijos
laboran, valientes, a la sacra sombra del santo estandarte;
las selvas sonoras incuban florales y blondos cortijos
y entre un coro excelso de espíritus santos anúnciase el Arte.

El bardo que es suave flor del manicomio preside el Himnario:
“¡El hierro en los puños! Que el hierro en los cuellos demasiado pesa”.
Y en úberas sierras, ante los maizales de verdor agrario,
Gutiérrez González con geórgico acento de rodillas reza...

Vástago brillante de limpias prosapias en horas solemnes,
benéficos rumbos te imprime tu grave, sereno Berrío,
cuyas pulcras manos entran en tus arcaes por salir indemnes,
para ser dos bloques en el basamento de tu poderío.

Hoy, bajo la encina de la paz que lleva para ti este canto,
con fe valerosa, demandas al tiempo la vida abundante;
y en advenimientos de sanos corajes, el divino manto
robarán tus gentes al lomo nervioso del túrgido Atlante.

Hoy bajo los soles de la paz tus huestes vulneran las duras
entrañas auríferas; descuajan los montes, refugios de fieras;
y, como tocados por el soplo ardiente de llamas futuras,
al beso del Austro revientan los tallos de tus sementeras...

Gérmenes potentes impulsan tu fértil solar orgulloso.
Medellín ilustre presente en sus sueños de ardor juvenil
las candidas nupcias, el traje nevado y el beso fogoso
metálico y hondo de un príncipe negro: tu ferrocarril.

Montaña gloriosa! Cohorte de estrellas te trae el futuro;
el puño belloso del tiempo sostiene la corona rútila...
Centineja insomne sobre los peñascos del trágico muro!
Vigorcozo brazo para los combates de la patria mítica.

Loor a tus hijos que irradian, perennes, la luz inmortal!
Pentélicos trozos florezcan al golpe certero del diestro cincel!
Que atléticos bronce culminen con bélico escorzo triunfal
y broten profusos y espléndidos gajos del viejo laurel.

POBRES CARTAS DE AMOR

Pobres cartas de amor que até con lazos
de una cinta lilial y que una caja
guarda entre la traslúcida mortaja
de un pañuelo de seda hecho pedazos.

Cartas de un muerto amor. De los abrazos
locos y firmes de la frágil maja
que vendió el corazón y que me ultraja
incompasiva y cruel, desde otros brazos.

Qué me queda, decid? Solo vosotras,
pobres cartas de amor, que estáis con otras
en las que mi alma a su traición querella.

Vosotras, que a mis hondos desconsuelos
cual mariposas de distantes cielos
portáis la esencia y el recuerdo de ella.

EL POEMA DE LA ROMERIA

— I —

Iremos juntos, como dos hermanos
por el árida estepa de la vida
en busca de la Thule incongnoscida
que anunciaron horóscopos lejanos.

En la magnificencia de tus manos
blancas, irá la lámpara encendida
a iluminar la senda ensombrecida
con la pavora de los días arcanos.

Quizás no llegaremos... En la ruta
tus piescitos sangrarán... Y, loca,
dirás un ¡hay sobre la peña bruta.

Y moriremos tal como el sinsonte,
con un grito melódico en la boca
y la pupila interrogando al monte.

— II —

Bajo la sombra de tu cabellera
me tenderé a soñar una mañana,
mientras la fuente de tu risa hermana
me arrulle en la quietud de la pradera.

Las cítaras del viento por primera
vez, te dirán la voz de la lejana
entraña de las selvas y la sana
complejidad de la campiña austera.

Y así, solos! bebiéndome tu aliento
de violetas y nardo, en el momento
de besarte los labios encendidos,

revolarán dos tímidas palomas
y en los huertos, las selvas y las lomas
habrá una gran palpitación de nidos.

— III —

Entre las vastas pompas bizantinas
de las puestas del sol, tendremos unas
pláticas amorosas sobre algunas
cosas que yo no sé, ni tú adivinas...

Tus miradas, del éter peregrinas
llegarán hasta mí como esas lunas
llenas que en las románticas lagunas
vierten dolores de ignoradas ruinas.

Asidos de las manos cual dos niños,
que espantasen con cántigas sus miedos,
exaltaremos nuestros dos cariños:

y sobre aquella herida... (por qué existes)
se agruparán tus marfileños dedos
con un temblor de corderillos tristes...

— IV —

Bastará a mi ambición una casita
blanca en el corazón de las montañas,
donde el céfiro gime entre las cañas
y a pasiones eglógicas invita.

En donde logre mi ilusión bendita
bajo la suavidad de tus pestañas,
sugerirte parábolas extrañas
como un viejo y nostálgico eremita.

Una casita para nuestras bodas,
oh, Dios, con flores, aves y con ese
aroma tibio de los limoneros.

a cuyo patio luminoso, todas
las noches claras, mientras yo la bese,
desciendan a besarla los luceros.

— V —

En la fronda suntuosa de tu pelo
que tiene rubia palidez de arena,
se enroscará el ofidio de mi pena
igual que en un cojín de terciopelo.

Mis náufragas pupilas sin consuelo,
al requerir tu cuello de azucena,
se hundirán en tu mágica melena
costelada de soles, como un cielo.

Y a través de la red sutil y pálida
los discos fulgurantes de los astros,
en una noche de verano, cálida,

se ofrecerán para mi fantasía
como ciudades de oro y alabastros
ardiendo en llamas en mitad del día.

— VI —

Será noche de luna... Y en tu frente
exornada de rosas y azahares,
al surgir de entre cálidos palmares
la luna ha de dormirse dulcemente.

Y tu grávido seno adolescente
velado por discretos alamares,
cual jarrón de nevados malabares
expandirá su aroma en el ambiente.

En busca de un reposo nazareno
reclinaré mi sien sobre tu seno,
mientras tu boca a mi pasión sonría;

y lejos del dolor y sus cadenas,
oirás cómo trepida entre mis venas
el vasto orgullo de llamarte mía.

— VII —

Y surgirá, medrosa, la voz fuerte
de pretéritos años, al conjuro
de algún aciago pensamiento oscuro
por el miedo terrible de perderte.

Mi dulce amor que seguirá tu suerte
en las pávidas sombras del futuro,
alzará un alto y formidable muro
ante el olvido, la traición, la muerte.

De pie sobre las ruinas del pasado,
rugirá mi rencor... Y ante el amado
fulgor de tu hermosura, en homenaje,

implacable, celoso y altanero,
como un mastín de continente fiero
te escudará mi corazón salvaje.

— VIII —

En tus trémulos dedos abaciales
de róseas, blandas y olorosas yemas,
habrá un infijo fulgurar de gemas
y un estremecimiento de rosales.

Un trinar de bucólicos turpiales
cual conjuro de negros anatemas,
orquestará en las almas las supremas
delicias de los ósculos nupciales.

Y al ver que del gran Dios, buena, descende
sobre nuestra pobreza la alegría,
y que harta lumbre en nuestro lar se enciende,

en medio de la tarde sosegada,
será tan dulce mi melancolía
como si fueses mi primer amada.

— IX —

Como un ave quimérica, al acaso,
vendrá tu diestra espiritual y breve
a unirme la cabeza con su leve
y acariciante ondulación de raso.

En el casto sitial de tu regazo,
por si la sombra del dolor se atreve,
cincelaré (mi sangre entre tu nieve)
un poema de amor sobre tu brazo.

Encenderé los ríos de tus venas
con besos de pasión. Y en cada poro
de tus manos, traslúcidas y buenas,

y al amparo de un cámbulo sonoro,
florecerán los cardós de mis penas
en un frágil crepúsculo de oro.

— X —

Que mi pasión invulnerable acierte
en medio al prosaismo de la vida,
a mantener por siempre inabatida
esa ilusión en que logré acogerte.

Más allá de la vida y de la muerte,
más allá de la lúgubre caída
se alzaré tu hermosura preterida
de Venus blonda, imperativa y fuerte.

Dominarás en todos mis sentidos
como una dulce reina de bandidos,
que imperase por gracia de su risa,

y para el triunfo o para la derrota,
me servirá de impenetrable cota
tu ambiguo sonreír de Monna Lisa.

— XI —

Será una tarde triste... En el olvido
del amor y el dolor, gran llaga viva,
buscará nuestra mente pensativa
lo que anhelamos y que no habrá sido...

Algo como un agónico alarido
se oirá en el seno de la tarde estiva,
y tendrás una lágrima furtiva
para mis cicatrices de vencido.

Galopará la sombra en la llanura...
Llegará a nuestras almas la amargura
del Angelus... Y en tanto que tú esparzas

la claridad de tus pupilas hondas,
recortarán sobre las nubes blondas
su vuelo melancólico, las garzas.

— XII —

Suspirará la mística realeza
de tu voz musical en un acento
tan puro cual tu mismo pensamiento,
alguna epitalámica promesa.

Humilde a la presión de tu terneza,
—bajo la magia de tu juramento—
florecerá de noble sentimiento
como un rosal mi atávica tristeza.

Será tu voz entre mis laberintos
tal esa voz arcana que en la vida
nos dice goces para siempre extintos;

y en la paz campesina de mi huerto,
la oiré sonar como la ya perdida
voz de otros seres que adoré... y han muerto.

— XIII —

Será en la estancia familiar... La taza
de té humeante en la redonda mesa.
El quinqué a media luz... Paz y tibieza
de hondo cariño en la dormida casa!

Un reloj en la penumbra escasa
me dirá desde el muro, con presteza,
esta jaculatoria de tristeza:
—Oid, humanos: la existencia pasa...

El reloj contará en minutos lentos
pretéritas virtudes, sufrimientos
que acaso traiga en su vaivén la suerte

Y toda hora —por siempre fenecida—,
nos dejará más lejos de la vida
y más aproximados a la muerte.

— XIV —

Por veredas muy trágicas y amargas
con el amor, con el dolor a costas,
haremos cortas, entre las florestas
de la ilusión, nuestras jornadas largas.

Si nos lastíma el peso de las cargas
a la vera se irán, por ser funestas,
y habremos de poner, para las siestas,
sobre los rocinantes las adargas.

Nunca se tenderá la mano amiga...
y en la agresividad de los senderos,
no habrá para la sed de tu fatiga

arrollos cristalinos ni parleros.
Amada, amada! Ni una blanda espiga
en la desolación de los oteros.

— XV —

(Para el final de la jornada)

La clepsidra imperiosa nos indica
el término angustioso de este viaje;
finalizó ya todo cuanto traje,
menos tu santa voz, que pacífica.

Rodó la juventud... Tu sangre rica
se vació en la aridez de este paisaje,
Y en el monte enigmático y salvaje
está la muerte que nos crucifica.

Arrodíllate, mía! Pon los ojos
compasivos y grandes en la nada
de la lámina azul, que los despojos

de nosotros caerán... Y caeremos:
Tú, como una paloma estrangulada,
yo, como un cóndor, de partidos remos.

— XVI —

(Envío)

Visionaria de máximas ojeras
que gustas de ensoñar tras los cristales
del ventanal, y en lentos y fatales
días con ojos de ilusión me esperas.

Para ataviar tus fáciles quimeras,
albas, como las túnicas nupciales,
y por tus utopías virginales
sea la flor que se nutrió en mis eras.

Tú que en las tibias noches luminosas
hablas con las estrellas y las rosas,
en un raptó propicio a la emoción,

díme si por las páginas escritas
erró con sus tristezas infinitas
el anhelado de tu corazón.

SAUDADES

Tras el pinar del parque se ha dormido un lucero...
Y sobre las melenas de los pinos está
prodigando la luna con su beso primero
un tul que hacia la aurora se desvanecerá.

Blandamente las copas se balancean... (Fortuna
de las cosas sencillas indemnes de su cruz).
Los bellos pinos aman y abanicán la luna
porque ella, suavemente, los corona de luz.

Blandamente las copas se mueven. Y la brisa
venida de las sierras, primitiva y jovial,
va cantando a las frondas con un poco de risa
un herrumbroso idilio del tiempo colonial.

Vaga de copa en copa por los árboles altos
el discreto murmullo con un lento vaivén;
dijérase la historia llena de sobresaltos
de unos novios morenos que se quisieran bien...

Un piano, en el silencio de la noche, me narra
dolores de Waldtauffel. En un dulce sufrir...
Yo no sé lo que diera por besar la bizarra
mano que a ese instrumento tan bien hace gemir.

El piano y la luna y el silencio del parque
furtivamente entraron por mi abierto balcón,
y a mi reloj de arena han mandado que marque
la sacrosanta hora de una vieja emoción.

Emoción de sentirme tan apartado de ella,
emoción de otras cosas que no se han de saber...
(Por el éter purísimo ha cruzado una estrella,
el viento trae amables perfumes de mujer...)

Noble y santa tristeza que me donó la luna
para que mis recuerdos hayan de florecer;
melancolía dulce que me ha hecho verter una
lágrima imperceptible, sin pensar ni querer...

Viene un ensueño blanco sobre la blanca fiesta
de la noche que viste seda novilunar
y ha pensado mi espíritu que una noche como ésta
—fresca, serena y clara— nos hemos de besar.

Habrán en la clara noche aromas de violetas
y bajo de la lumbre tenue del velador,
sus sueños inconfesos en frases inconcretas
revelarán mis trémulos labios de soñador.

Tibio soplo de aire raramente aromado
urde para mis sienes un engaño sutil,
como un beso ilusorio que me hubiesen enviado
de muy lejos, juntitos sus dedos de marfil...

Tras el pinar del parque se ha dormido un lucero...
y mi ilusión confiada, que nunca morirá,
se aferra al día dulce de su beso primero,
beso que, todavía, ignoro si vendrá.